

MARIANO AGUIRRE

Contra el discurso de la represalia

No es sencillo tomar decisiones racionales cuando los aviones continúan chocando, las Torres Gemelas se siguen derrumbando, el polvo y los trozos de cristal y hierro avanzan por Lower Manhattan tragándose víctimas y, en definitiva, cuando miles de personas mueren una y otra vez en la televisión global.

El presidente George Bush, un hombre de ideas sencillas, está presionado para cumplir con la promesa que hizo el viernes en las destrozadas calles de Nueva York: los terroristas oirán pronto a EEUU. El problema es que los atentados continúan ocurriendo cada pocos minutos en las pantallas de nuestras televisiones, pasan los días y nadie reivindica nada; que la trama que emerge de las detenciones realizadas podría ser muy compleja y que el principal inculpado, el excéntrico millonario saudí Osama Bin Laden, afirma que él no fue. No es mala idea inculpar a los Estados protectores del terrorismo pero, ¿qué Estados y qué terroristas?

El Gobierno de EEUU parece decidido a obviar, en lo inmediato, algunas de estas cuestiones y quiere lanzar un ataque contra Afganistán y quizá contra otros Estados. El Gobierno se plantea luchar contra el terrorismo con un plan de largo plazo junto con países aliados. Al mismo tiempo, un sector de la sociedad estadounidense —y posiblemente de otros países— necesita apaciguar la angustia social con alguna acción de represalia.

El razonamiento que guía al presidente George Bush Jr. es que tanto los culpables directos como los Estados que dan cobertura a los terroristas deben pagar, y lo antes posible, por los crímenes. Desde el primer momento las pistas indican una trama islamista radical y apuntan a Bin Laden como el planificador. El presidente define el enfrentamiento como la lucha entre el bien y el mal, mientras asegura que su país salvará al mundo del terrorismo.

Aunque uno no tenga ganas de que Bush lidere ningún campo de batalla, la realidad indica que Nueva York es un símbolo postnacional: pertenece a un Estado determinado pero está incluida en el imaginario, los deseos, los álbumes familiares de fotos y los recuerdos de millones de no estadounidenses. Son, por lo tanto,

Mariano Aguirre es director del Centro de Investigación para la Paz (CIP). Artículo publicado en *El Correo*, el 21 de septiembre de 2001

muchas las posibilidades de proyectar y temer que después de Nueva York vendrán a nuestras propias ciudades o que secuestrarán algunos de los aviones en que viajemos. Como dice una canción de Leonard Cohen, "primero tomaremos Manhattan, luego Berlín".

La emocionalidad no le resta, sin embargo, al presidente Bush capacidad de planificación. Como quiere salvarnos, su Gobierno no tardó nada en activar el artículo 5 de la OTAN que, como en la novela de Dumas, hace que los miembros de la Alianza Atlántica interpreten un ataque sobre uno como un ataque sobre todos. Nadie objetó el artículo 5, pero por Europa empezó a circular el fantasma del miedo porque EEUU no está pensando sólo en lanzar misiles de crucero contra una montaña de Afganistán para ver si aciertan sobre Bin Laden. Por el contrario, es previsible que la respuesta sea masiva, acorde con las miles de personas que mueren y mueren en esas torres que son impactadas y se derrumban, vuelven mágicamente a resurgir y se desintegran una vez más.

Siempre en la vanguardia, el Gobierno israelí ofreció esta semana algunas ideas a su aliado en Washington, cuando bombardeó desde aire, tierra y mar la franja de Gaza. También cuando comparó a Yaser Arafat con Bin Laden, una similitud curiosa si se analiza que el presidente de la Autoridad Nacional Palestina es uno de los pocos palestinos que todavía confían en EEUU para salvar el hoy muerto proceso de paz en Oriente Próximo.

Si Washington desata una ofensiva sobre Afganistán o Irak, sean o no culpables, se violarán las normas del derecho nacional e internacional que regulan la investigación, eventual detención y juicio de criminales, sean Estados, personas o grupos. Y, además, ¿no será precisamente esta represalia la que los planificadores del crimen están esperando para responder o que respondan otros? El temor a la venganza no debe frenar nunca a la justicia pero, ¿qué ocurre si una respuesta ilegal de EEUU y sus aliados genera más y nuevas represalias de otros actores? ¿Es mejor salvar el orgullo nacional, o la vida de futuras víctimas que podrían morir repetidamente en otros atentados?

Este escenario de pesadilla ha llevado, entre otros, al antiguo canciller alemán, Helmut Schmidt, y al representante europeo sobre seguridad y política exterior común, Javier Solana, a pedir a EEUU que no aseste golpes de ciego. Washington tiene todo el apoyo, dicen, pero es preciso tener datos y seguir los procedimientos de Naciones Unidas.

La situación empeora en la medida en que aumentan los juicios sumarios asignando, por ejemplo, un carácter agresivo y antioccidental a todos los musulmanes. O dando por hecho que el mundo puede ser dominado por fanáticos. Numerosos comentaristas dicen que somos ricos y democráticos pero, también, cada vez más vulnerables. Así, emerge el temor a que algún Bin Laden amenace con volar Los Ángeles, Londres o París e imponga hipotéticas condiciones o, sencillamente, busquen nuestro caos.

Es interesante que en estos días abunden estos discursos y no los que indican que, en efecto, las sociedades modernas son complejas y vulnerables, pero que eso no significa su destrucción ni su colapso. En el conjunto de millones de ciudadanos del mundo algunos sufrirán atentados, habrá más víctimas y quizá la sociedad estadounidense tome conciencia de que puede ser atacada por fanáti-

cos de Oklahoma o de Oriente Medio. Esto es duro y dramático, pero no significa el fin de este mundo. Pueden caerse las Torres Gemelas, puede haber más recesión y crisis, pero el sistema económico y político internacional no se va a hundir. Habrá más conservadurismo y temor, pero todo va a seguir.

Vulnerable es, por ejemplo, la sociedad centroamericana desaparecida en los medios de comunicación, donde la gente se está muriendo de hambre por decenas, si no centenares, por no tener recursos estructurales para vivir. Vulnerables son los cientos de miles de afganos que van y vienen dentro y fuera de su país, asediados desde hace 20 años por la guerra y ahora por un probable ataque, ante los que los Estados occidentales blindan sus puertas. Frágiles son las sociedades africanas en las que el sida se expande como la nube de polvo que el martes iba por las calles Manhattan, pero con pocas esperanzas de que se detenga.

Muchos defensores de la sociedad abierta, del mercado, de la iniciativa privada, se han quedado en silencio, absortos, mirando la televisión. Le han dejado el discurso libre a un populista como Bush, que mezcla la tragedia con la venganza y pierde de vista la justicia y la verdadera seguridad de las personas.

Es difícil pensar con claridad cuando se nos está cayendo Nueva York encima, pero, después de la condena sin paliativos, es preciso actuar de acuerdo con los principios democráticos. Es necesario revisar por qué EEUU es un país tan odiado por algunos sectores del mundo, y ayudarle —con o sin el artículo 5— a entender que a provocadores fanáticos como Ariel Sharon no se les presta apoyo económico y militar. Sería importante preguntar por qué ex colaboradores de EEUU —Noriega, Sadam Hussein, Bin Laden— son ahora sus enemigos. Y es imprescindible abordar seriamente la miseria y la desigualdad global que facilitan el ascenso de los fanatismos. Los que no hemos muerto en Nueva York el martes 11 debemos ir más allá de los discursos fáciles, poner críticamente en orden las piezas y evitar la inercia de la retórica del odio.